

Olvida

Joaquín Ariza



Capítulo 1

HUIDA

—Buenas. ¿Le puedo ayudar?

Como si no existiera, el extravagante personaje al que se dirigía siguió moviendo lentamente los hielos de su vaso vacío, con la mirada fija en algún sitio.

—¿Oiga? —Alzó la voz, extrañada—. ¡Oiga!

La camarera estaba a punto de desistir y continuar con su trabajo, cuando al fin, inspirando profundamente, el hombre puso el vaso en la barra y la miró a los ojos.

—Llénamelo. Voy a estar aquí un buen rato. —Con un gesto apático le indicó una botella de *whisky* de etiqueta negra tras ella.

Mientras la camarera le llenaba el vaso hasta arriba, sin intención de disimular su opinión sobre él, Iván de la Cruz sacó una libretita negra y lisa del bolsillo interior de su gabardina, y con ayuda del marca páginas abrió el diario por la fecha actual. Apuntó la hora exacta asegurándose con el reloj de pared que colgaba frente a él, y junto a ella escribió unas anotaciones. «Mantiene actitud alegre con sus amistades. Se muestra tranquila y despreocupada. Tres copas de vino, blanco».

Cerró el diario con exasperación, como si fuera el culpable de sus dolores de cabeza. Dio un largo trago al *whisky* y volvió a darse la vuelta, dándole de nuevo la espalda a la barra y al rostro avinagrado de la camarera.

Desde allí tenía visión de todo el bar. Claro que era un bar bastante pequeño. Si giraba un poco la cabeza y se estiraba lo suficiente tenía la impresión de que podría ver el interior de los baños. Unas pocas mesas de madera oscura rellenaban el salón frente a él; el resto ocupaban el fondo del local con unos sillones verdes y marrones que habían visto tiempos mejores. La barra larga y pegajosa, con varios grifos de cerveza y sidra, aguantaba el peso de muchos codos, golpes y bebida derramada entre las risas estridentes de los parroquianos del St. Thomas' Brewery. Conocido mayoritariamente por el *Tomasito*.

Era uno de los pocos pubs irlandeses en los que se podía fumar en el interior. De irlandés tenía el nombre y, con suerte, algunas cervezas de importación. El dueño era un cincuentón gordo y bastante asqueroso que bebía con sus amigos en una esquina de la barra todos los sábados y domingos por la noche. Tenía el pelo justo para poder cogerse una coleta, y su frente aceitosa estaba en consonancia con su bar. La silla alta que

Iván se había agenciado era de las más limpias que había; descartó las demás de un vistazo rápido. A muchas mesas hacía falta darle con un fuerte producto quitagrasa antes de que fuera demasiado tarde, y casi daba gracias a que el baño de hombres no tuviera puerta.

Y aun así, el local se encontraba a reventar.

Todas las mesas estaban ocupadas y en la barra apenas había espacio para pedir. El resto compraban las bebidas y se amontonaban en grupos, a la espera de que se quedara una mesa libre. El fuerte olor a cerveza mezclado con tabaco, alcohol seco y una amalgama de colonias anegaba el ambiente hasta hacerse casi tangible. Y evidentemente había desistido de intentar escuchar cualquier palabra procedente de la mesa de María, pues el griterío era insoportable. Aunque una vez acostumbrado se convertía en ruido ambiente, molesto pero tolerable.

María era guapa. Tenía una sonrisa sincera y amplia, sin miedo. Atractiva en su mirada, gestos y postura, cautivaba con un movimiento sutil de cabeza, acariciándose distraída el cuello o levantando las cejas, divertida. Era innato, involuntario, como el río de miel que su pelo formaba sobre sus hombros y que movía de forma automática de un lado a otro. No podía estar quieta. Necesitaba moverse, aunque solo estuviera jugando con un hilo suelto de su blusa, que es lo que hacía justo en ese momento, mientras escuchaba con una sonrisa a sus amigos.

El grupo parecía disfrutar con la historia de Julia, Merche y Dani. Debían estar contando su viaje al sur de Italia, del que habían vuelto hacía unos días. Pablo y Mario hacían manitas mientras compartían una jarra de cerveza.

Eran sus amigos más cercanos. Iván podía asegurarlo sin margen de error; la actitud de la chica era distendida, mientras que con su madre, por ejemplo, era todo lo contrario. La relación con su madre no era demasiado buena y, por ello, buscaba desesperada un trabajito a media jornada para compaginar sus estudios de oposiciones. Tenía que estar harta de convivir con ella y su hermano, infantil y egoísta según había observado Iván. La madre sería de las típicas obsesionadas con su hijito, al que no permitían madurar y le perdonaban todo. Y, por tanto, necesitaba culpabilizar a alguien de su estado constante de amargura y depresión.

María se pasaba los días fuera de casa, estudiando en la biblioteca o entregando currículums, y bebiendo con sus amigos. Sólo la había visto volver a su casa para comer y dormir. Y, a veces, ni eso. La noche anterior, un chico joven y con labia que se había levantado con más suerte de la que iba a volver a tener en su vida, atrajo lo suficiente a María como para permitir que se acostara con ella. Así aprovechaba y no

volvía a su casa hasta el día siguiente.

Y eso era todo. Parecía no haber ningún misterio, ninguna revelación recelosa de ser descubierta. Pero debía de haber algo, algún oscuro secreto, muy enterrado, bien guardado. Aburrido, Iván apuntaba horas y observaciones precisas que se entremezclaban perdiendo sentido; comía mal y dormía poco. Y estaba ese maldito dolor de cabeza que lo ponía de mal humor.

Bebió otra vez, cerrando los ojos. Se había tomado el último analgésico horas atrás, pero le daba pereza ir hasta la farmacia. Resignado, se apoyó en la barra y esperó.

*

Era la noche más fría de las últimas semanas. Septiembre estaba a punto de acabar, los días todavía eran calurosos y el frescor al caer el sol se agradecía. Pero las bajas temperaturas habían irrumpido demasiado pronto. El frío calaba en los huesos por muchas capas de ropa que uno se pusiera, y la brisa helada quemaba las mejillas, recordando a las noches de invierno, cercana la navidad, cuando una densa oscuridad techaba las calles llenas de vida.

Iván intentaba sin mucho éxito cerrarse la gabardina, larga hasta las rodillas y de un marrón apagado y sucio. Encogido de hombros y con el cuello del abrigo levantado, procuraba protegerse la garganta del viento, acordándose del fular que se había olvidado a la entrada de su apartamento. Maldecía en voz baja mientras daba rápidas caladas al cigarro antes de que el viento lo consumiera del todo. A su alrededor, los grupos de jóvenes, despreocupados y sin estar en apariencia afectados por los casi 5º de mínima, habían salido como cada jueves a beber cubatas aguados y a dejar las calles pringosas y llenas de colillas y condones usados, molestando a todos los vecinos del barrio gritando y peleando.

Había salido del *Tomasito* abrumado por el ruido y el fuerte olor impregnado en cada esquina del local. Afuera, los chicos y chicas que se agrupaban en la puerta le obligaban a alejarse unos metros si quería descansar un poco la cabeza. Lo prefería; cada día había estado siguiendo a María a una distancia prudencial, con metódica precaución, calculando paradas en puntos estratégicos para no llamar la atención, e incluso atajando por otras calles para no levantar sospechas. Estaba seguro de que no le había visto entrar ni salir del local, pero quedándose demasiado cerca de la entrada corría el riesgo de encontrársela de frente.

Mascullando improperios, Iván tiró el cigarro ya apagado. Derrotado, cediendo al frío inclemente sobre su rostro, se dispuso a volver a entrar en el bar. Se detuvo, no obstante, cuando había dado un par de pasos.

María se encontraba en la puerta despidiéndose de sus amigos. Agradeció su inmensa suerte y volvió a la oscuridad que le brindaba una zona entre dos farolas, a la espera de que la chica terminara y se fuera al fin a casa.

—...así que la próxima vez avisa, hijo mío, que... avisarte con un día de antelación para quedar. —No podía escuchar bien la conversación desde donde se encontraba, pero no quería acercarse más; la información banal no le interesaba de todas formas.

—Ay, yo que se Merche joder... no me doy cuenta. —Dani apuraba el botellín mientras la chica le daba golpecitos en la espalda—. Tampoco... que María el otro día se coló pasadas las nueve.

—No desvíes la atención sobre mí, que estamos hablando de ti, majo —dijo María, riéndose. La escuchó alta y clara, como si estuviera frente a él—. Además, eso ha pasado una vez. Tu llegas tarde casi cada día. ¡No te atrevas a negarlo!

—A ver chavales, que estoy cansada. —Ésta era Julia, la mandona del grupito. Podía ser inaguantable—. Discutir... mañana, por favor.

María y Merche se miraron sin comentar nada, pero todo estaba dicho. Eran amigas desde siempre, desde que eran pequeñas. Se entendían con una mirada o un movimiento de ceja. Casi podían leerse los pensamientos.

—Nosotras también nos vamos —indicó Mario—, que...currar. Ale, a descansar. Tened cuidadito.

Pablo y su novio se dieron la vuelta despidiéndose con la mano y se dirigieron hacia donde Iván se encontraba observando la escena. No le preocupaba. No lo habían visto nunca, y aunque llamara un poco la atención, su presencia se quedaría en un simple comentario. Tal y como imaginaba, pasaron junto a él dedicándole una mirada de abajo arriba y una expresión extraña. Sin más, continuaron su camino.

Julia había disuelto el grupo y todos se iban ya a sus casas. Merche, Julia y Dani vivían en el mismo bloque de pisos, por lo que se fueron juntos y dejaron que María volviera sola a su casa. Ésta subió por una calle perpendicular que desembocaba en la avenida principal. El *Tomasito* se encontraba en una zona llena de bares, tiendas y locales de alimentación abiertos hasta tarde, a pocos minutos del centro de la ciudad. María, sin embargo, se dirigía hacia el este, a la parte baja cercana al polígono y a la universidad. Se había puesto los cascos para escuchar música y amenizar la vuelta. Iván la siguió desde lejos, con paso sereno y prudente.

La humedad del aire mojaba el asfalto y empañaba los cristales, a causa de las bajas temperaturas en contraste con el calor diurno. A lo lejos, las

luzes de las farolas y de los coches se estiraban difuminadas, fundiéndose con la de bares, discotecas y escaparates volviéndose un cuadro al óleo de formas circulares y alargadas. Sentía los calcetines empapados dentro de los zapatos, que resbalaban ligeramente al pisar, haciendo un ruido desagradable. Era una noche espantosa, una de las peores de las últimas semanas. Al menos la muchedumbre apenas prestaba atención a su alrededor, haciéndole el trabajo mucho más fácil. No podía atajar por ningún camino, ya que la casa de María estaba en línea recta, así que decidió esperar a que el semáforo para peatones volviera a ponerse en verde. Sacó su libreta negra y fue a mirar el reloj para apuntar la hora, pero la súbita sensación de que alguien lo observaba le hizo mirar hacia atrás.

La cola del puesto de hamburguesas estaba llena de adolescentes que se reían de su vestuario, señalando su sombrero y su gabardina. Los que se dirigían al centro, los que bajaban la calle para tomar unas copas... Ninguno le prestaba atención más allá de un simple vistazo o una sonrisa burlona. Se encontraba solo frente al paso de cebra.

Alguien le estaba siguiendo.

Lo sabía desde hacía escasos dos días. Se había sentado en la esquina de un parque cercano a la biblioteca, al que María bajaba para comer antes de continuar estudiando. En aquel momento no tenía tanta información sobre ella; estaba escribiendo todo lo que había averiguado aquella mañana cuando le llegó un repentino olor, unas notas florales a jazmín y rosa mezcladas con almizcle y ámbar, salpicadas con delicadeza en el aire. Fue tan solo un instante, pero despertó en él una gran inquietud. Conocía esa fragancia, guardada en algún recóndito lugar de su memoria. Le evocaba al color rojo, a un abrazo cálido. A un beso. A una profunda tristeza. Nadie se encontraba cerca de su banco, por más que escudriñó entre los arbustos.

Era una de las razones por las que estaba convencido de que algo ocultaba la chica; alguien no quería que descubriera su secreto, y le vigilaba de igual modo a él para evitar que lo destapara.

El ruido del semáforo dándole paso le hizo volver en sí. Confirmó que era casi medianoche, pero no apuntó la hora; guardó la libreta, bajó el ala del sombrero para taparse parcialmente el rostro y cruzó ligero a la otra acera. Divisó a María casi al final de la calle, así que apretó el paso, apartando de su mente aquellos recuerdos e ignorando el nudo que sentía en el estómago. Cada pocos segundos miraba hacia atrás; esperaba un movimiento extraño o cruzarse con los ojos de su perseguidor, antes de que desaparecieran tras la multitud pero nada pasó, y nada vio, hasta llegar al bloque de pisos donde vivía María. El edificio se erguía en una de las esquinas de un cruce entre dos avenidas principales; se encontraba a medio camino entre la zona baja de la ciudad y el centro, en la zona

superior.

María se había detenido en el semáforo; con la capucha de la sudadera puesta para evitar empaparse el pelo y las manos en los bolsillos, zapateaba con evidente nerviosismo. Iván observó desde unos metros más atrás el bloque de apartamentos. Tres edificios idénticos, uno al lado del otro, de siete pisos de alto. El pequeño jardincito en el interior de la valla, solo accesible por unas cancelas, decoraba la entrada a las puertas de los bloques. Al otro lado de la carretera se expandía un parque bastante grande en conmemoración de algún sacerdote, francés por el apellido. Su busto supervisaba el denso y continuo tráfico de la intersección.

Las cadenas de farolas iluminaban ambas aceras, y los focos que habían instalado en las cancelas alumbraban las puertas. No había un rincón oscuro donde tener algo de intimidad cerca de allí; incluso el interior del parque estaba iluminado. Por eso no era complicado ver a la pareja abrazada frente a los bloques, dándose un beso largo e intenso. Llevaban pocas semanas viéndose, así que era normal la pasión y la fogosidad con la que el hermano de María y su novia expresaban su enamoramiento.

El rojo desapareció del asfalto entintado de luces líquidas, que fluían como un río calle abajo. Con la luz verde del semáforo María reanudó la marcha, más deprisa. Iván se quedó quieto. No necesitaba ni le favorecía acercarse más. Observó desde lejos como la chica entraba por la cancela, con la mirada fija de su hermano y la novia. Él le hizo un gesto burlón con la mano, sonriéndola. María abrió el portón ignorándole y entró en el bloque. Unos minutos y muchos besos después, vio a Javi subir a su casa y a ella comenzar su escalada hacia el centro. Y entonces, escuchó de nuevo la brisa agitando las ramas de los árboles, el ruido del tráfico y de las ruedas de los coches chirriando en el asfalto mojado, los gritos y la música en la lejanía. El mundo volvió a sus oídos.

Iván inspiró profundamente por segunda vez aquel día. Decidió cruzar al parque, apoyándose en una de las farolas frente al edificio. Ahora sí, abrió su libreta y escribió la hora a la que María salió del pub irlandés y a la hora a la que había llegado a su casa. Anotó la despedida con sus amigos, el encuentro con su hermano y su evidente estado anímico.

Al guardar la libreta, sacó del mismo bolsillo un paquete arrugado de chester y miró dentro, buscando un cigarro que no estuviera roto. Un día tranquilo como ese podía reflejarse a la perfección en el estado de sus cigarrillos; todos estaban bien. Sujetó uno con los labios y lo encendió con una serenidad que, en realidad, no sentía.

La primera calada la sostuvo un buen rato, buscando calmar el temblor de sus dedos. La segunda no tuvo que aguantarla tanto tiempo, ya que las pulsaciones parecían estar bajando. La tercera se filtró hasta su mente

agitada. Por supuesto, no podía evitar los pensamientos intrusivos; les daba vueltas en bucle, una y otra vez, obsesionado con una idea que no podía soltar. Pero el tabaco le ayudaba a ordenarlos y estructurarlos.

A mitad de cigarro, la noche se había vuelto más afable. Los transeúntes caminaban despacio, abrochándose las chaquetas y maldiciendo el frío absurdo. La contaminación lumínica en una ciudad tan grande era sobrecogedora; una lástima, el mar de estrellas que podría haber contemplado debía de ser precioso. No esperaba que aquella noche María volviera a salir. El tiempo no acompañaba, ni su humor. Mañana debía levantarse temprano para volver a la biblioteca, ya que el examen al que quería presentarse estaba a solo unos pocos meses de distancia.

Iván decidió terminar de fumar e irse al apartamento. Como uno más caminaría despacio, disfrutando del paseo y de los vivos colores que definían su poco usual placidez. Iría a la biblioteca a la hora del almuerzo; así podría descansar unas pocas horas, al menos.

El aire se había vuelto más limpio, y el olor a césped mojado inundaba sus fosas nasales. Los nazarenos despedían un suave aroma mezclado con gasolina y tierra húmeda. Pero Iván se enderezó sobresaltado cuando el súbito olor del jazmín y rosa blanca almizcladas inundó el ambiente. Miró alrededor con los ojos muy abiertos, intentando escuchar algo proveniente del parque o de las calles cercanas, pero no consiguió aislar ningún ruido. Maldita sea, había bajado la guardia. Ahí estaba otra vez.

Notaba cómo el sudor se enfriaba en su frente. Notaba la boca seca, el calor del cigarro en las yemas de los dedos. Y, sobre todo, notaba sus defensas quebradas, dejándolo expuesto, vulnerable. En ese momento se percató de su expresión facial y corporal, así que se recompuso lo más rápido que pudo, consciente de lo ridículo que debía de verse en ese momento. No pudo distinguir ninguna figura, pero sin duda lo observaba.

Estaba harto de quedarse petrificado, con el corazón acelerado, atemorizado por una sombra importuna. Apretó los dientes hasta casi doler para sentir algo y templar sus nervios.

—Escúchame bien, maldita sombra. Solo lo voy a decir una vez, así que espero que estés atenta. —Su voz le sonaba grave y firme, haciéndole sentir un poco más seguro—. No puedes evitar que descubra lo que la chica esconde. Bajaré al pozo más profundo que existe si hace falta para sacarlo a la luz. Acosándome solo me das la razón, ¿entiendes?

El ruido del tráfico era lo único que respondía a sus palabras. Ningún movimiento.

—Sé que estás ahí. Eres un cobarde, nada más. Te aviso, no voy a desistir. Estaré esperándote cuando salgas de tu escondite para intentar

detenerme.

Una ráfaga de viento sacudió su gabardina.

—Da la cara y acaba con esto. Vamos.

El claxon de un coche rasgó el cielo encapotado. Iván no pudo contener su fachada más tiempo.

—¡Sal de donde estés, joder!

El silencio recogió su grito desesperado, pero fue con la quietud contra lo que chocó. No hubo réplica. Se quedó encorvado en la misma postura, con los hombros hacia delante. El humo del tabaco le hizo arrugar la nariz.

Estaba solo.

...

Capítulo 2

COLISIÓN

Las llaves quemaban en la mano.

Las agarraba con firmeza en el bolsillo, mientras se sujetaba el sombrero con la otra mano para que el viento no se lo llevara. Lo empujaba hacia atrás y lo desestabilizaba, dificultando aún más su avance.

Los árboles que adornaban las aceras alargaban sus negros y angostos brazos ramificados hacia él. El techo nocturno, hostigador de penurias e ideas sádicas, se cerraba hostil en torno a él; un cielo ennegrecido, roto en pedazos finos y cortantes, en perpetua caída. Le mareaban las ráfagas de viento golpeándole los oídos, taponándolos y empeorando además su dolor de cabeza. Iván tragó haciendo un fuerte sonido, pero solo consiguió hacerse daño en la garganta. Apretó los párpados un instante y continuó la lucha del lento ascenso.

No tardó en aparecer al final de la calle, al pasar la curva, la esquina iluminada del restaurante. Y todo a su alrededor se iluminó con ella, haciendo retroceder a la noche y su peligrosa influencia sobre él.

Relajó un poco el cuello y los hombros, agarrotados. Los camareros, que recogían la terraza preparándose para cerrar, lo miraron extrañados, como preparándose para enfrentarse a él si hacía alguna locura. Iván supuso que le creían un vagabundo. Sin más pasó de largo, subiendo el trecho que quedaba hasta el portón del bloque, abierto aún de par en par. No fue capaz de dejarlo así; quitó la cuña que lo mantenía abierto y dejó que se cerrara con un estruendoso portazo. La luz automática del portal lo refugió, cálida y artificial. No pudo evitar sentirse a salvo.

Subió lentamente los dos pisos hasta la puerta de su despacho, usado en la actualidad como vivienda habitual y dormitorio. El crujido que hizo la puerta al abrirse liberó el peso de la tensión restante. Sentía su rostro alicaído, como derretido; destacaban sus ojeras crónicas y sus ojos vacíos y cansados.

Iván estaba preocupado. Aparte de que alguien lo estuviera siguiendo, vigilándole y asegurándose de que no lograba su propósito, había algo más. Algo que no sabía lo que era, que intentaba acceder con violencia a su pequeño cubículo controlado y perfecto y le causaba frustración, y un terror incapacitante. Cada hachazo a su espacio seguro engendraba caos e incertidumbre, le oprimía el pecho y no lo dejaba respirar; la luz que irrumpía por las rendijas solo dejaba dolor en él.

Fue al oler por primera vez aquel perfume tan característico y familiar cuando nació esa congoja, adhiriéndose a su estómago desde entonces. No sabía relacionarlo con su inestabilidad, pero desde entonces había estado más paranoico. El mundo se le escapaba de las manos igual de rápido que luego volvía a él. Era volátil, amenazador, seguro, precioso, distante, abrumador y colorido, todo a la vez.

Comenzó a cabrearse pensando en su situación y lo que le afectaba. Una mueca de disgusto y asco se asentó en su rostro, consciente de que no tenía más herramientas que desahogarse y expresar su enfado. Debía esperar hasta tener una oportunidad para poder actuar. Hasta entonces, debía resignarse. Saber esperar al momento adecuado era clave en su forma de proceder; la diferencia entre el éxito o acabar con unos cuantos tiros en el pecho, abandonado en una cuneta del extrarradio, pendía de que eligiera bien qué hacer y cuándo hacerlo.

La mente siempre tortuosa de Iván rumiaba estos pensamientos mientras se quitaba la gabardina de color marrón sucio y la colgaba en el perchero de pie de la entrada. Se frotó el pelo aplastado por el sombrero al colgarlo también en el perchero, junto a un fular azul marino. La camisa blanca, sudada por el desastroso regreso a casa, se ajustaba a su cintura gracias a un chaleco negro, que a Iván le gustaba vestir para decorar un poco su aburrido uniforme. Su color mate, acompañado de unas franjas grises en los lumbares, combinaba con los pantalones del mismo tono grisáceo.

Ya se había desecho en una esquina de los incómodos brogue, y se dirigía hacia su mesa, arremangándose. El dolor de cabeza había remitido, pero notaba la frente y los parietales bombeando pinchazos agudos por todo su cráneo. Se dejó caer en la silla del escritorio y, por inercia, agarró la botella de un whisky barato que descansaba al alcance de la mano. El vaso que había utilizado la noche anterior se encontraba en el mismo lugar. El pensamiento de levantarse y enjuagarlo cruzó fugaz, pero se encontró rellenando el vaso antes de intentar buscar la voluntad suficiente para hacerlo. Encogiéndose de hombros, apoyó las piernas cruzadas en el escritorio y bebió.

Era un cuchitril polvoriento lo que se presentaba ante él. Un sofá cama en la pared este para evitar los prematuros rayos de sol, una maleta abierta con ropa amontonada, un baño con el fluorescente parpadeante y una puerta cerrada que daba a un dormitorio, con una cama individual que se negaba a utilizar. Recreaba el más puro estilo de película de terror de serie B, pobremente ambientada e iluminada para esconder su mala calidad. Lo único de valor en aquella habitación era una fotografía cuidadosamente depositada en el centro del escritorio. Buscando la fuerza necesaria para enfrentarse a ella, dio otro largo trago al whisky con los ojos cerrados. Solo entonces la miró.

María le devolvía una expresión sencilla, genuina. La foto de carnet a tamaño folio no mostraba más que el rostro de la joven y su nombre bajo él, escrito a mano con rotulador. Había repasado aquella fotografía desde que la había encontrado en el buzón de su despacho; su placer prohibido, su momento ilícito. Las personas a las que investigaba y vigilaba eran meros objetivos sin ningún interés personal. Pero este encargo era diferente. Ella era diferente.

Los ojos de la chica se anclaban a los suyos, penetrando hasta el interior de su ser; durante ese breve instante nada más existió. Se perdió en su sonrisa pura y blanca, recorrió su pelo almibarado desde la frente hasta los hombros, y descansó en sus pupilas azabaches y su mirada café tostado para acabar surcando su nariz griega, adornada con un par de gráciles bolitas de plata, y el corte de su rostro de una mejilla a otra.

Agitó la cabeza, para volver, a su pesar, de una realidad más amable e interesante. Aunque se resistía, dejó la fotografía en el escritorio y se acomodó en el respaldo de la silla, hundiéndose en sus pensamientos una vez más.

El caso se le estaba complicando y no tenía nada. No comprendía qué podía esconder María, tan peligroso y oscuro como para necesitar de sus servicios. Repasaba una y otra vez los apuntes de su libreta, intentando rescatar un detalle esclarecedor entre las horas muertas de su vida cotidiana. ¿Por qué aquella chica?

También le estaba empezando a afectar de forma personal, y eso no se lo podía permitir. ¿Existía una razón para escogerle a él? Tenía sentido que se sintiera atraído por ella si existía una conexión entre ambos, aún desconocida. Asumía que era un encargo difícil, pero un tercer actor no era algo con lo que contara. El perfume de su perseguidor se había estancado en sus fosas nasales, pero aún podía discernir un recuerdo de la realidad. Se frotó inconscientemente el bigote, ahuyentando el olor remanente.

Jazmín y rosa blanca almizcladas. Salidas afrutadas y amaderadas; dulzón y seco, aunque suave. Notas intensas, envolventes durante un segundo y difuminadas en el aire un segundo después. Conocía perfectamente ese perfume; lo único que le martilleaba la cabeza era su incapacidad para recordar de dónde. El nudo de su estómago crecía amenazante, indicándole que hacía bien en ser precavido.

Un recuerdo inesperado asomó en sus pensamientos cuando rellenaba impaciente el vaso. Su padre lo miraba, inquisitivo.

Hacía mucho que Iván no pensaba en su padre, o en su infancia en general. Le sorprendió recordarlo justo en ese momento, así que lo aceptó con agrado. Su padre había sido muy severo con él; no se esperaba que

un investigador de la policía nacional fuese flexible y despreocupado. Fue firme y, a veces, un poco injusto y duro, pero lo había educado bien. Gracias a él comprendía el valor de las cosas bien hechas, de buscar el momento apropiado y darle la importancia justa a los acontecimientos que sobrevinieran en su vida.

Un sentimiento extraño no terminaba de aflorar. El nudo se hizo más compacto.

Sonrió al recordar cuando se enfrentó a él en plena adolescencia. Se negaba a seguir sus pasos, no quería ser policía. Recordaba su indignación. El hijo de Fernando de la Cruz no iba a ser un escritor muerto de hambre mientras viviera para impedirlo. Su madre lo acompañaba y consolaba en su tormento. Para Iván, su padre era un instrumento de una sociedad individualista, egoísta y manipuladora. Aquello fue demasiado para su relación. Recordaba estar varios meses sin hablarse. Muchas situaciones incómodas, su madre mediando en un segundo plano, incapaz. Recordaba su semblante serio y acusador.

Recordaba una escena apagada, desde el punto de vista de un niño de poco más de diez años. Recordaba un sofá al fondo de una habitación triste y llena de libros. Una figura escondía su rostro entre sus manos. Lloraba desconsolado, escondido tras un velo negro.

«Papá, ¿estás bien?»

Un sí nada convincente tañía inmutable en su memoria. Pero no, ese no era su padre. Su padre era una persona fuerte y resistente, casi estoica. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué lo recordaba con tanta lucidez?

Una mano apretaba con fuerza su hombro. «Ya es la hora». «Ahora descansa, al menos». «Lo siento, no puedo seguir así». Frases hacinadas y entremezcladas, sin sentido para él, acompañadas por el olor del perfume siempre presente en una carretera lluviosa, o en una cama cómoda y perfecta. Acompañando a la tristeza y al desconsuelo. Acompañando al miedo y a la incertidumbre.

Iván se visualizó a sí mismo de espaldas, frente a un ordenador antiguo, perdido en la pantalla amarillenta mientras escribía. Encorvado, taciturno. El pelo castaño alborotado por los remolinos y la desidia. Parpadeó desconcertado.

Su apartamento fue dibujándose poco a poco frente a él. Primero la pared del fondo con la puerta de la habitación cerrada. El sofá apareció a su izquierda y el escritorio tomó forma junto a la botella de alcohol y la fotografía. Se descubrió con la boca abierta y la mirada perdida; Iván

frunció el ceño y entrecerró los ojos.

Jamás había experimentado un episodio tan vívido. Aun podía sentir el apretón en su hombro; aquellas frases se repetían en su cabeza, desapareciendo como un eco.

Se enderezó en la silla de su escritorio y apartó el vaso de él. Desconcertado por aquellas visiones, notaba la presión del pecho disminuyendo progresivamente, mientras los tonos grisáceos y marrones volvían a la habitación y su respiración se estabilizaba. Miró de forma inconsciente su cuerpo, buscando un cambio que no encontró. Se sentía estúpido; había sido una mala jugada de su propia mente. A veces viajaba entre realidad y fantasía y con el dolor de cabeza, que se negaba a abandonarle, no le extrañaba haber alucinado un poco. Con un pañuelo que sacó del bolsillo, secó sus ojos húmedos y las lágrimas que caían por sus mejillas y decidió no pensar más en ello.

*

Notaba las miradas de reojo que la farmacéutica le dedicaba con bastante poca sutileza, mientras atendía a una mujer mayor empeñada en que le vendiera unas pastillas sin prescripción médica. Llevaban peleando un buen rato, así que su compañera había tenido que salir a atender al resto de clientes. Esta disimulaba mejor. Iván preguntó por una caja de analgésicos y pagó en metálico.

Cuando le entregaba el ticket, la expresión de la mujer avisaba de una conversación en la que Iván no quería participar.

—¿Te duele la cabeza?

—No es nada grave, gracias.

—Pareces mareado. —La farmacéutica lo estudiaba, preocupada—. Deberías tomarte la tensión.

—No, gracias. Estoy bien. —Iván guardó las pastillas en la bolsa y se dispuso a marcharse.

—Es gratis, y te vendrá bien, de verdad. Así descansas un poco, estás sudando mucho. —Esto último lo dijo a voces, mientras Iván salía por la puerta.

—No hace falta, gracias.

Se alejó de la farmacia cruzando la avenida hasta la acera de enfrente. Ya sabía que tenía mala cara; otra noche más de insomnio y pesadillas le

estaba pasando factura.

Sacó una pastilla de la caja y se la tragó sin esperar a nada más. Llevaba un día entero sin nada para rebajar el dolor; el solo hecho de tomársela le alivió un poco. Los rayos de sol le cegaban, implacables, y la carretera y la acera irradiaban fuego. Una nueva ola de calor había decidido volver por última vez, antes de despedirse definitivamente del verano. Poco tenía que ver aquella temperatura con el viento helado de la pasada noche, prometiendo un clima más ameno y fresco que, por supuesto, no iba a aparecer. Al menos en una semana, según los meteorólogos.

Eran las 13:45 del viernes. Iván comenzó a subir otra cuesta de la ciudad flameada en dirección a la biblioteca municipal, acordándose de aquella pelea en la que le rompieron gafas de sol de un mal golpe. Los valientes que habían salido a la calle, animados por las nubes matinales, huían hacia sus casas o hacia un bar con nebulizador de agua. La cerveza congelada corría por la barra y refrescaba los gástricos. La hora más calurosa era además la hora de más actividad en la zona céntrica; muchos salían ahora de sus trabajos y el fin de las clases estaba cerca.

María entraba en la biblioteca a las nueve de la mañana. Hacía una parada para comer sobre las dos y seguía estudiando hasta pasadas las seis de la tarde. Iván tenía que estar en su posición antes de que saliera para almorzar.

La premisa de que la chica escondía a plena vista lo que su cliente quería que descubriese no estaba dando buenos resultados. Había barajado la posibilidad de robarle el portátil y rebuscar entre sus archivos privados, pero hasta llegar a ese punto, otros planteamientos podían ser igual de buenos y, sobre todo, más legales. Su nueva hipótesis de trabajo consistía en una reunión, informal y disfrazada de encuentro amigable, de María con un segundo sujeto durante su hora del almuerzo, a plena luz del día. Levantaría menos sospechas que un callejón oscuro o una mesa retirada de un bar de madrugada.

Hasta el momento, todos los días María había bajado sola. Iván quería vigilar todos los movimientos de la chica; quizás la idea era buena, solo que no era ahí donde se reunía con su cómplice.

No se dio cuenta de que había llegado a la puerta de la biblioteca hasta que estuvo frente a ella. No obstante, no se detuvo ahí. Continuó hasta la esquina y cruzó la calle perpendicular hasta su acera opuesta. Se apoyó en la pared orientada hacia la puerta, dejando atrás la estación de autobuses. El reloj marcaba las dos menos cinco.

Iván sacó del bolsillo trasero del pantalón el paquete de tabaco, mientras vigilaba la puerta con expresión impasible. Exhaló una risotada cuando sus dos últimos cigarrillos asomaron completamente rotos. No le

extrañaba.

—Oye, amigo. ¿Tienes un cigarro? —Un chico le ofreció un par de L&M. A caballo regalado, pensó.

Las dos en punto.

La fachada de la Casa de la Cultura era simple, de hormigón pulido decorado con finas y sinuosas líneas entrelazadas. Era un edificio bajo de no más de dos pisos. La multitud de estudiantes y trabajadores entraba y salía del interior como zánganos y abejas obreras de un colmenar. La Casa de la Cultura también albergaba empresas públicas locales, propiedad de la Delegación de Cultura y Turismo de la provincia. Iván contemplaba la fachada sin perder de vista la puerta; se percató de lo nervioso que le ponía una gran afluencia de masas, de las que siempre huía como un animalillo asustado.

Las dos y cuarto.

Tiró la colilla al suelo. Encogido de hombros, volvió sobre sus pasos hasta colocarse justo delante de la entrada al edificio. Algunas personas que salían con demasiada prisa se chocaban con él, pero Iván no retrocedió. Se estaba arrepintiendo de no haber ido por la mañana. Observó las manchas de los cristales limpiados con torpeza, mientras intentaba que el sonido chirriante que emitían las puertas al abrir y cerrar no lo alterase más. Iván esperó, pero la chica no aparecía.

Cuando su reloj marcaba más de las dos y media, Iván notaba el corazón latiendo frenético, y los sudores no sólo eran consecuencia del calor. Sentía la ansiedad en el esófago generándole arcadas, buscando una salida. Debía intervenir antes de que fuera demasiado tarde. Se secó el sudor del rostro con el antebrazo y se peinó sin éxito antes de entrar al vestíbulo principal.

Entró a una realidad paralela y distante, diferente a la que se desmoronaba fuera. Estaba adornada con columnas de mármol separadas por unos metros entre sí, situadas a ambos lados de un ancho pasillo blanco, el cual acababa en unas escaleras hacia la segunda planta. Matices rosados y grisáceos decoraban las paredes y la recepción, situada justo en medio del pasillo. El ruido de pisadas y conversaciones ajenas era apagado, como si el mármol absorbiera parte de él.

La joven recepcionista ya se había fijado en Iván, y le sonreía mientras éste se acercaba despacio a ella, intentando ganar tiempo para decidir qué historia la convencería más.

—¡Buenos días! ¿En qué puedo ayudarle, caballero?

Iván mantuvo el paso sereno hasta colocarse frente a ella. Le devolvió la sonrisa.

—Sí, buenas. Estoy buscando a una chica, mi sobrina. Viene todas las mañanas, está estudiando para unas oposiciones... Y, en fin, anoche no apareció por casa, y como trabajo cerca... —La narración se desinfló mientras comprendía que a la recepcionista no le interesaba demasiado. Lo miraba con urgencia—. ¿Sabe si está aquí?

—Pregunte arriba, a la entrada de la biblioteca. La compañera le ayudará. ¡Gracias!

No quería desaprovechar la indiferencia de la recepcionista, así que se dirigió hacia las escaleras. Subió al primer piso, mucho menos elegante y cuidado. El suelo seguía siendo de mármol veteado, pero las paredes rescataban el gotelé clásico y los adornos eran de madera y aluminio. Junto a la entrada que daba paso a la sala de estudio, una mujer leía en un viejo escritorio de conglomerado. Cuando se paró frente a él, la mujer alzó la vista, mirándole por encima de sus gafas. No tenía menos de 60 años.

—¿Necesita algo?

Iván ojeó por la cristalera de la puerta, visiblemente alarmado, pero en un primer vistazo no pudo reconocer a nadie.

—Estoy buscando a una chica. Mi sobrina. Viene aquí todas las mañanas. ¿Podría pasar a buscarla?

La mujer apartó el libro sobre antologías de poetisas españolas que leía y lo miró de arriba abajo.

—¿Cómo se llama su sobrina? ¿Tiene carné de la biblioteca?

—Se llama María. No sé si tiene carné; oiga, ayer no volvió a casa, su madre está preocupada. Me ha pedido que me acerque por si está aquí, solo será un momento, se lo aseguro.

—A ver, descríbamela. —Iván suspiró.

—Metro sesenta, delgada, pelo a media melena, castaño... Tiene un pendiente en la nariz. Estudia para unas oposiciones.

—Ah, claro. —La mujer se levantó de su asiento apoyándose en la mesa—. Viene desde hace semanas todos los días laborables. Sin excepción. Es una chica encantadora. —Iván asintió—. Pero hoy no ha venido por aquí,

no. No la he visto en toda la mañana.

El rostro del detective palideció. Su miedo se había hecho realidad. La había cagado, se había permitido dar por hecho una circunstancia de la cual no tenía ningún control. Ahora María había desaparecido.

El cubículo se tambaleaba.

—Si quiere, puedo avisar a mis compañeras por si a lo largo de... —Iván bajaba ya las escaleras. Necesitaba salir de allí, necesitaba pensar.

No paró hasta llegar al parque de atrás, donde María debía estar almorzando un bocata vegetal y una cola sin azúcar. Se frotó la cara para intentar tranquilizarse; hiperventilaba ruidosamente mientras caminaba de un lado a otro.

Ahora lo importante era decidir su próximo paso, pero era frustrante hacerlo sin una sola pista recogida en cinco putos días. No conocía nada más que sus horarios cotidianos y sus borracheras nocturnas. La chica, sin duda alguna, era algo más que una estudiante en casa de su madre.

¿Había María descubierto que la vigilaba? Iván era muy meticuloso en su trabajo, era muy improbable. El cómplice, por otro lado, podría haberlo reconocido en uno de sus encuentros secretos, cancelando la reunión y alertando a María.

O quizás una disputa entre ambos había acabado peor de lo esperado. Si era así, su portátil debía seguir en su casa. Si contenía información mínimamente valiosa, tenía que recuperarlo antes que él. Antes de que fuera demasiado tarde.

Iván se paró en seco. Una tercera opción nadaba en la profundidad de sus miedos, pero no quería dejarle salir a la superficie, o se convertiría en realidad.

No había podido enlazar con éxito a su acosador particular con el caso. Ahora, quizás, asumiera el papel protagonista.

Tenía que ponerse en marcha. No sabía si en ese momento estaba siendo observado, pero su única opción real era el portátil, así que se dirigió con paso acelerado hacia la casa de María. No intentó disimular su nerviosismo ni ocultar hacia dónde se dirigía; se enfrentaría de igual manera con la sombra si le intentaba detener.

Cruzó decidido el parque dirección este, hasta llegar al paseo principal. De casi tres kilómetros de largo, la larga avenida conectaba el polígono con el casco histórico, en el centro de la ciudad. Lo recorrió con prisas y a trompicones, sorteando a las numerosas personas que se encontraban en

la calle y que afeaban en ocasiones sus malos modales. Iván no tenía tiempo para ser educado.

Los bloques donde residía María no estaban lejos; la intersección con la avenida que conectaba con la universidad se encontraba a menos de un kilómetro. Iván se detuvo frente al edificio al llegar, conocedor de que las cancelas de la entrada principal estaban abiertas de día para poder acceder a algunos comercios pequeños de la planta baja. Recuperó el aliento mientras miraba a su alrededor, fijándose en las cuatro esquinas de la intersección y en el interior del parque. Demasiada gente, pensó. No podía distinguir a nadie; la multitud se dirigía hacia sus casas o hacia las clases de la tarde perdidos en sus pensamientos y quehaceres, conviviendo con numerosos coches que contaminaban el ambiente con acelerones y pitidos. La masa informe de personas y máquinas le sugerían un hormiguero en frenética actividad antes de las lluvias de otoño.

Un par de chicas se chocaron contra él. Sin darse cuenta, se había parado en medio de la acera.

—¡No te pares ahí, joder! —Iván las miró sin reaccionar. Intentaba encontrar alguna razón para que la madre de María le dejase entrar, pero no encontraba ninguna. No había ninguna.

Sudaba como si el sol se encontrase a escasos centímetros de él, y sus largas olas de fuego le acariciaran el cuerpo. Tenía náuseas y la camisa le ahogaba, sintiéndose aprisionado. La desazón lo consumía por dentro, se enredaba a cada segundo un poco más, oprimiéndole el pecho y el estómago. Para rematar, la cabeza iba a estallarle de un momento a otro; le hacía gracia pensar en la pastilla que se acababa de tomar hacía apenas una hora y que ya no le haría ningún efecto.

Iván comenzó a marearse. El movimiento acelerado del entorno lo sobreestimulaba, y el ruido lo aturdía, inhibiendo hasta sus pensamientos. Cuanto más tardase en actuar, más se agravarían las consecuencias de su error, pudiendo llegar a ser fatales. María podía estar atrapada, encerrada en algún coche o en una nave abandonada, o peor aún. Quizás ya no respiraba. Su perseguidor se encontraba entre el gentío, esperando su oportunidad. ¿Era él quien tenía secuestrada a María? En cuanto Iván consiguiese el portátil, estaba seguro de que se lo intentaría arrancar de las manos, a saber a qué precio.

Entró al vestíbulo apretándose la frente, en un burdo intento por mitigar la presión craneal. El portón solo se encontraba encajado. Se dio unos instantes para cerrar los ojos y esperar a que la cabeza le dejara de dar vueltas.

El piso de María era el 4º, segunda puerta a la izquierda. Algo más centrado, subió con dificultad los escalones, agarrándose a la barandilla

como un anciano. Se sentía frágil y débil. Maldijo entre dientes; aquel no era momento para mostrarse débil. Debía actuar, todo dependía de él. Llegó al cuarto piso y recorrió el pasillo con esfuerzo, mientras se intentaba arreglar un poco la camisa.

Puerta de madera de roble con vetas verticales artificiales y pomo de acero con acabado brillante. Fijo lateral de aluminio con cristalera opacada y unos pocos gránulos que emborronan el interior. Se permitió contemplarla durante unos segundos. Degustarla. Llevaba días deseando volver a ver aquella puerta. El corazón le latía a mil revoluciones, o así lo sentía cuando llamó tímidamente, con dos golpes secos. Al hacerlo, inspiró profundamente. Una última bocanada de aire. Notaba un cosquilleo en la entrepierna y, sin darse cuenta, sonrió apretando los labios. Iván de la Cruz sabía, de alguna forma, que aquello era el principio del fin.

Se escuchó la cerradura abriéndose al otro lado. La puerta entornada dejó ver la mitad del rostro de una mujer de mediana edad, que lo examinó tras sus gafas de pasta.

—¿Quién eres? —inquirió recelosa, con evidente rechazo hacia una visita no deseada.

—Buenas tardes, señora. Soy amigo de su hija María, me ha pedido que venga recoger su portátil para ayudarla con unos apuntes. —Su fingida sonrisa no parecía convencerla, así que no abrió más. Su semblante mostraba dudas, pero también miedo.

—¿Mi hija? No me ha avisado de que vaya a venir nadie. ¿No se está usted confundiendo de casa?

—Su hija se llama María, ¿no?

—Sí, pero ella...

—Necesito su portátil —espetó—, ella misma me lo ha pedido. Mire, se lo enseñaré. —Iván se acercó a la puerta mientras sacaba su móvil del bolsillo, pero la mujer no se movió.

—No sé quién es usted, y mi hija no me ha dicho nada de que vaya a venir un amigo suyo.

—¿No? Qué raro, se le habrá olvidado. Es importante, solo tardaré un segundo, se lo aseguro.

La madre de María comenzaba a alterarse. No parecía muy convencida del teatrillo de Iván, pero se mantuvo dudosa por la seguridad con la que hablaba el detective. Durante unos segundos interminables parecía que

iba a dejarle paso.

—Voy a llamarla y preguntarle.

—¡No!

El grito la paralizó, y la duda se transformó en pavor. Iván era consciente de su apariencia, sudado y agitado, con la camisa arrugada y el pelo alborotado. Estaba perdiendo unos minutos valiosos de los cuales podía depender la vida de la chica, y si había tenido la oportunidad de ganarse la confianza de su madre, acababa de perderla. No tenía más elección.

—Señora, su hija está en peligro. Necesito el portátil, tengo que buscar algo en él. No tengo intención de hacerle daño, solo necesito...

—¡Vete de aquí ahora mismo! —gritó. Aterrorizada, se apresuró a cerrar, pero Iván fue más rápido. Puso un pie en el marco impidiendo que cerrase y, de un empujón, abrió la puerta de par en par. La mujer se desestabilizó, agarrándose a un mueble para evitar caerse—. ¡Pero que hace! ¡Salga de mi casa o llamaré a la policía!

—No tengo tiempo para esto —murmuró para sí. Avanzó a zancadas por el pasillito de entrada, llena de cuadros de paisajes coloridos y un espejo en la pared izquierda con forma de sol.

Sin embargo, una voz repentina estalló en la casa, rebotando por las paredes y haciendo que Iván se detuviera al instante.

—¡Antonio, para!

Un escalofrío le recorrió la columna mientras se daba la vuelta, para encontrarse, frente a frente, con la sombra. Una mujer.

Su voz fue, incluso en ese grito autoritario, dulce y llena de angustia. Unos ojos llorosos se clavaban en todo su ser, reprendiéndole y, a la vez, llamándole para que se hundiera en sus brazos y se desprendiera allí del desconsuelo que arrastraba desde ya no recordaba cuándo. Incapaz de moverse, Iván presenció a la mujer en el marco de la puerta, junto a la madre de María mirándola sorprendida, sin creerse todavía lo que ocurría en su propia casa.

Se acercó poco a poco; Iván no era capaz de reaccionar. Pero cuando se encontraba a escasos centímetros, temblorosa, unas notas de perfume llegaron a él como traídas de su memoria. Jazmín. Rosa blanca. Penetrante y suave.

Era la sombra, sin duda. Aquella que lo había estado persiguiendo durante cinco días y cuatro noches, sin descanso, haciéndole tener visiones y

perder el juicio. Aquella que tenía por única misión impedir que descubriera los secretos de María, sus más oscuros y escondidos secretos, y evitar que pudiera cerrar el caso. Aquella que había raptado a la chica para torturarle.

La expresión de Iván demudó hacia el asco. Notaba las sienes latiendo con fuerza. Ella se detuvo.

—Al fin tienes el valor suficiente para aparecer, mujer. —Ella temblaba y lloraba; no parecía que fuera a atacarle, más bien se mostraba indefensa. Pero Iván no iba a caer en una trampa tan vieja—. No me voy a detener ante nada ni ante nadie, ya lo sabes. Así que espero que no te interpongas en mi camino, porque no dudaré. ¿Entiendes?

—Voy a llamar a la policía. —La madre de María descolgó el teléfono que tenía a su lado, pero antes de que marcara, la mujer, la sombra, se dio la vuelta y la detuvo—. ¿Qué haces? ¿Estás loca?

—No nos va a hacer nada, es inofensivo, te lo aseguro.

Le agarraba con fuerza la mano. La madre de María la miraba, incrédula. Iván, antes de que la situación empeorase, se dio la vuelta y se dirigió hacia el cuarto de la chica. Pero una pregunta se ancló en su cabeza, perforándole como una fresadora, lenta y constante.

¿Por qué la sombra la había detenido?

Si venía la policía, ella también tendría que dar explicaciones. Sobre todo de dónde estaba el cuerpo de María. Esa respuesta lo convenció. Sonrió con desprecio; se encargaría de ella más tarde, cuando descubriera qué había en el portátil.

Entró al abrigo de la habitación. Las cortinas entre cerradas daban al cuarto un color violáceo que lo inundaba de alegría y refugiaba el alma de quien entraba. La cama estaba hecha a la perfección, con sábanas de colores vivos degradados y dibujos estampados con formas diversas. El escritorio, a la derecha, estaba lleno de cosas. Un palo santo se quemaba apacible en una esquina, sobre un cuenco gris oscuro bien pulido y brillante. Tres o cuatro pinceles reposaban junto a un lienzo a medio pintar de un atardecer veraniego en África y, a su lado, una máquina de coser descansaba enfundada en una bolsa de tela.

El portátil, marca HP, se encontraba cerrado. Iván escudriñó toda la superficie del escritorio sin moverse de la puerta, intentando rescatar algún indicio sobre, en realidad, cualquier cosa. A lo lejos, como una tormenta en un vasto desierto, oía la conversación de las dos mujeres.

—Tienes que entenderlo, no sabe qué está haciendo. Te lo ruego, déjame hablar con él, por favor. Es inofensivo.

—¿Inofensivo? Ha entrado a la fuerza en mi casa, me ha empujado y casi me tira el suelo. ¿Y tú quién eres?

Iván se acercó al fin, con el corazón a punto de salirse por la boca. Durante unos instantes, el punzante dolor de cabeza se quedó en un segundo plano. Quizás las respuestas que estaba buscando se encontraban en aquel ordenador. Tenía que acceder a él. Ahí hallaría la solución al enigma, el punto clave que le daría sentido a todo aquello.

Al abrirlo y pulsar el botón de encendido entendió que no sería tan fácil. Había descartado de la ecuación lo más básico. Se sintió un pelele, un estúpido.

Leyó varias veces la frase que se iluminaba en la pantalla, a la espera de que, por arte de magia, le diera la respuesta que necesitaba y desbloqueara su idiotez. «Inserte la contraseña».

—Él no es así.

—Y, sin embargo, está en el cuarto de mi hija robándole sus cosas.

—Solo déjame arreglar esto, intentaré que se vaya. No debería haber llegado tan lejos, es culpa mía, lo siento.

Lo siento

El cubículo se tambaleó con violencia.

Esas palabras resonaban en su cabeza. Lo curioso era que, con su voz, por primera vez, tenían sentido. Resonaron con la voz de la sombra, repitiéndose una y otra vez. Iván miraba el portátil, apretando los dientes para intentar ignorar la conversación, la voz de sus recuerdos, el dolor de cabeza y el nudo en su estómago. Notó las lágrimas cayendo por sus mejillas, pero también las ignoró. No era el momento.

—¿Disociado? ¿Y qué significa eso? ¿Está como... loco?

Rebuscaba con ansia entre los cuadernos, buscando la contraseña de la sesión. No podía probar al azar, pues no conocía lo suficiente a María como para acertar por pura suerte. Pero la chica era inteligente. No habría apuntado a la vista su contraseña, aun en casa de su madre, o precisamente por ello. No encontró nada. No podía quedarse allí más tiempo.

—Está en otro mundo, como en otra realidad. No sé qué puede pasar, pero está cada vez peor. Intentaré hablar con él. Antonio no es así.

—Si es verdad lo que dices, no lo denunciaré, pero tenéis que salir de mi casa ya. ¡Ahora mismo!

Iván agarró el portátil, sudaba goterones que caían en el escritorio y en el suelo. Salió a zancadas de la habitación, hacia el pasillo. No sabía qué se iba a encontrar. Pero no se iba a quedar quieto. Esta vez no.

Cuando apareció, ambas mujeres lo miraron, entre asustadas y dudosas, sin saber muy bien cómo iba a reaccionar. Iván fue decidido hacia la puerta.

—¡Ay, Dios! ¡Te lo he dicho, me está robando! —gritó la madre de María. Se dispuso a obstruirle el paso, pero la sombra se adelantó.

Al pasar a su lado, le agarró el brazo con cuidado y delicadeza. Iván se detuvo, aunque no supo muy bien porqué.

—Déjalo, Antonio, por favor. Estás robándole a esta mujer sin razón ninguna, ¿no te das cuenta? ¿Por qué haces esto?

—Te lo advierto —replicó entre dientes, sin mirarle a la cara—. Suéltame. No quiero hacerlo, pero lo haré si es necesario.

—Por favor, Antonio...

—¡¡¡No me llamo Antonio!!!

Un mareo repentino le hizo tambalearse. Su grito había asustado a la mujer, que lo había soltado, aterrorizada. Lo miraba con pánico, dolida. Triste.

Iván trastabilló a causa del mareo al intentar salir, por lo que chocó contra el mueble de la entrada y tiró unos jarrones pequeños y unas fotos que lo decoraban. Ambas mujeres chillaron por el ruido.

—Se acabó.

La madre de María volvió a descolgar el teléfono y, esta vez, comenzó a marcar lo que Iván supuso que era el número de la policía.

Estaba tembloroso, mareado, con ganas de vomitar y la cabeza a punto de estallar. Pero debía salir de allí. Agarrándose la cabeza, salió corriendo por el pasillo y bajó las escaleras lo más rápido que pudo, mientras apretaba contra el pecho su única seguridad desde que comenzó el caso. Al fin tenía algo importante, algo tangible, y no iba a dejarlo escapar así

como así. Sabía que la sombra iba tras él.

Estuvo a punto de tropezarse un par de veces y caer rodando por las escaleras, pero consiguió mantenerse en pie y salir disparado por el portón principal del bloque. Un sol de justicia lo esperaba fuera.

Antes de cruzar la carretera hacia el parque, la sombra le alcanzó y le detuvo agarrándole de la camisa. Intentó quitarle el portátil, sin éxito. Forcejearon unos segundos al borde de la acera, con una multitud de personas observando desconcertadas a su alrededor.

—Antonio, ¡para, por dios! ¡Te lo suplico! ¡Solo escúchame!

—¡Déjame en paz de una maldita vez!

—¡No lo hagas, por favor!

—¡Suéltame!

Iván tiró del portátil con todas sus fuerzas. A causa del tirón, de su mareo, de su desequilibrio, o de todo a la vez, dio unos pasos hacia atrás tambaleándose. Lo último que pudo presenciar fue una moto acercándose a él a gran velocidad. A Iván le parecieron unos segundos eternos, en los que le hubiera dado tiempo de sobra a impulsarse hacia la acera. Pero no lo hizo.

Su visión se volvió negra. No oyó nada más. Se preguntó por qué ya no sentía el portátil entre sus brazos. Se preguntó por qué ya no sentía nada.

...

Capítulo 3

CLAVO

Las paredes de este sitio me exasperan. ¿Qué clase de consulta psicológica tiene pintadas las paredes de su sala de espera de verde pistacho y gris oscuro?

Me intento acomodar entre los duros cojines del sofá mientras observo a mi alrededor al resto de pacientes que esperan igual que yo, con caras pesarosas y semblantes intranquilos. Una consulta nunca es un sitio alegre, pues aunque nos repetimos que no estamos chalados, una nube de enfermedad e incertidumbre sobrevuela nuestras cabezas, añadiéndose la de nuevos pacientes que acceden a la sala con la misma expresión en sus rostros.

Ya han sido dos meses sin faltar ni una sola vez a la cita, y echo de menos un trato especial. Al menos, no tenerme esperando veinte minutos.

Las miradas de soslayo que recibo no me extrañan, ni me perturban. No parece que me ocurra nada, mientras que el resto de personas presentes se delatan con algunos tics, posturas y expresiones faciales. Yo, sin embargo, me encuentro sentado en una esquina del sofá, vestido con una camisa feucha y antigua de rayas lisas y simples, con una expresión no de pesar, sino de aburrimiento.

Repaso mentalmente la conversación con Nuria antes de venir, en la que alaba su buen gusto al escoger esta camisa para una ocasión que podría ser especial. Podría ser mi última sesión, pero parece que voy al hogar del jubilado. Puta camisa.

La puerta del despacho se abre, al fin.

—... pero no te olvides de lo que me has dicho hoy. Esa va a ser la frase que marque un antes y un después, te lo aseguro. —La mujer que sale del interior lleva un pañuelo en la mano, y tiene los ojos hinchados. Se ha desahogado de lo lindo.

—Pasa Antonio, eres el siguiente. —Ah, menos mal.

Me levanto y me dirijo hacia el despacho. Su mano está áspera cuando me saluda.

—¿Qué tal la semana?

—Bien, Fran. Todo bien.

Me hace pasar con un gesto. Me vuelvo a sentar en el sillón negro, frente al ya conocido escritorio blanco. La cristalera a mi izquierda ilumina la sala, evita que uno se sienta encerrado, y las numerosas plantas en el interior y fuera, en el balcón, dan sensación de confort y familiaridad.

Fran ya se ha sentado delante, al otro lado de la mesa. Parece que tiene un buen día.

—Bueno, ¿qué me cuentas hoy?

Me muevo incómodo en el asiento.

—No sé... Todo va bien, igual que siempre. Ninguna novedad.

—Has venido muy elegante.

—La camisa sigue siendo feísima. —Suelta una carcajada.

—La verdad es que no es demasiado bonita. ¿Te ha obligado Nuria a ponértela?

—Sí... Dice que tengo que ir formal y acorde a mi edad. —Resoplo—. Como si ya olierá a viejo.

—¿Eso dice?

—Sí, es muy cabezona, ya la conoces...

—¿Sigue con miedo?

Uno nunca se acostumbra a las preguntas directas de Fran. Me vuelvo a mover incómodo.

—Creo que sí —respondo sin más.

Fran me mira interesado. Está echado hacia atrás, con el codo apoyado en el reposabrazos. Se menea la barba, como siempre que piensa una putada para hacerme.

—¿Y te lo dice? ¿Se sincera contigo, te dice que no te vuelvas a ir, o te menciona algo de lo ocurrido?

—Algún comentario ha soltado, sí.

—Sería la primera vez en dos meses.

—Lo sé.

Espero con cara de pocos amigos a que me suelte la charlita de que tengo que darle su espacio después de haber sufrido mi desaparición, que el miedo de que vuelva a ocurrir no se irá en un tiempo y que tenga paciencia con ella. La misma lista de siempre.

—¿Y tú?

Lo miro extrañado.

—Sí, hombre. Tú qué sientes. ¿Tienes miedo de que vuelva a ocurrir? ¿De tener que pasar por todo una segunda vez?

—No lo sé, la verdad. Creo que no. Es decir... Yo no he estado mal, ya lo hemos hablado. Confundido y desorientado, pero no estaba sufriendo. Así que bueno... Para mí no ha sido una experiencia traumática. —Yergo altivo el mentón, orgulloso de mi respuesta. Pero Fran se ríe al escucharla.

—¡Buena respuesta! Eso es, pero tu mujer sí lo ha sufrido. Tienes que tener paciencia con ella —ahí está—, y dejarle su espacio. Y que ella te deje el tuyo, claro. Deberías poder vestirme como quieras, y salir cuando quisieras. Ya sabes que esto lo he hablado también con Nuria, pero solo has de darle tiempo.

—Lo sé.

Me vuelve a mirar, inquisitivo. Aguanto el escrutinio, esperando la siguiente pregunta. El reflejo en sus gafas me distrae; hace un buen día fuera, y estar aquí metido solo me hace sentir ridículo.

—Está bien, vamos a hacer algo. —Levanto las cejas con interés, pero mi expresión demuda hacia el fastidio cuando empieza a hablar—. Vamos a hacer una retrospectiva de todo lo ocurrido, como una historia. Vamos a ir uniendo todos los trozos que conocemos hasta montar el cuento completo.

—¿Tenemos que hacerlo? —Asiente sonriendo, complacido—. ¿De qué va a servir? No lo entiendo, la verdad. He mejorado mucho estas dos últimas semanas... Si te soy sincero pensé que esta sería la última sesión. He aceptado muchas cosas de las que me costaba hablar. Si sigo hablando de lo mismo una y otra vez voy a acabar cogiéndole manía.

Intento evitar la situación, a sabiendas de que es inútil. Mientras hablo, ha sacado una hoja de bloc y un bolígrafo pilot de tinta líquida. Siempre usa

los mismos.

—Fran, en serio. Estoy bien —añado con una sonrisa ensayada y un tono lo más tranquilizador que puedo. Él me mira ajustándose las gafas.

—Vamos, yo te ayudo. Hemos comentado muchos episodios distintos, pero no hemos visualizado la imagen completa, te ayudará. Y a mí me servirá también para trabajar contigo.

Suspiro resignado y junto las manos, a la espera de que comience a hablar. Fran vuelve a sonreír.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Antonio Martínez Cerdeña y trabajo de comercial.

—¿Y tu mujer?

—Nuria Gutiérrez. Está desempleada, pero es enfermera.

—Muy bien, Nono. —Odio que me llame así—. ¿Me puedes decir qué día desapareciste?

—Un veintidós de septiembre.

—¿Lo recuerdas?

—No. Es decir... no demasiado —respondo, arrugando la frente—. Cuando me contaron todo lo ocurrido comencé a recordar algunas cosas. Pero aún están algo borrosas. —Apunta algo en la hoja, pero no consigo leerlo.

—Bien. ¿Y hacia dónde te diriges cuando te vas de casa?

—A la calle Luis Braille, dónde alquilo un apartamento sin amueblar, con un escritorio y un sofá cama.

—¿Y qué haces entonces?

Suspiro de nuevo. Esta es siempre la parte más embarazosa. Expresar con palabras la situación, mis emociones; simplemente no era capaz. Y suena horrible al decirlo en voz alta, parezco un psicópata.

Fran está esperando una respuesta. Está muy serio.

—Comienzo a seguir y vigilar a María. La observo. Cuando va a estudiar, cuando sale con... sus amigos... Cuando... —Tartamudeo un poco y aprieto los labios para serenarme—. Cuando vuelve a casa con su madre y su hermano. Y, bueno... Apunto cosas sobre ella y las horas... exactas... ya lo

sabes, joder.

—Está bien. —Me libera, magnánimo—. Hasta ahora no has sabido decirme por qué la seguías. Hemos tocado este tema varias veces. ¿Tienes hoy una respuesta?

—La misma de siempre. Tenía su foto en el apartamento, con su nombre. Pero no recuerdo bien cómo la conseguí. Está borroso.

—Lo entiendo.

Vuelve a apuntar en la hoja varias cosas. Parece estar haciendo un esquema de mi historia, apuntando los sucesos principales, con anotaciones a los lados.

—¿Cuánto tiempo vigilas a María?

—En total, cinco días y cuatro noches.

—Y allanas la vivienda de María...

—El quinto día. Pero yo no allané su casa —replico, dolido—. Sé que entré sin permiso, pero...

—Eso es lo que significa allanar.

—Estaba justificado.

—¿Con qué?

Balbuceo un poco buscando las palabras adecuadas.

—No sabía dónde se encontraba, pensé que podía estar...

—Se te fue de las manos.

—No, yo sólo quería saber...

—No es excusa, y lo sabes.

Estoy a punto de mandarlo a la mierda, pero sé que tiene razón. Al recordar lo alterado que estaba al no encontrar a María en la biblioteca, aun siento vergüenza. Cuando Nuria me contó que sólo se había ido de sendero con sus amigos, tomándose unos días libres de los estudios, no pude evitar reírme a carcajadas.

—Lo siento, Nono. Debes aceptar que lo hiciste mal. No gestionaste bien esa situación, fuese la que fuese. Mercedes no debería haber pasado por

eso.

La madre de María tardó unos días en recuperarse del susto. Tengo que reconocer que nadie debería haber sufrido mi incompetencia.

Decido callarme para zanjar el tema. Fran vuelve a apuntar en el papel. Me inclino ligeramente por si leo mejor la hoja, pero se da cuenta.

—¿Quieres leer lo que escribo?

—Supongo que no.

Sonriendo otra vez, termina de escribir y se echa hacia atrás.

—Apartemos la situación del allanamiento por un momento. Sí, te molesta que diga “allanamiento”, es lo que hay —añade, haciendo las comillas con los dedos. Decido volver a callarme—. Recapitulemos. María se encuentra en paradero desconocido. La situación se escapa de tu control; es en ese momento cuando vas a su casa para ver si puedes descubrir a dónde ha ido. Y entonces aparece Nuria. —Hace una pausa dramática; las trabaja muy bien—. ¿Qué sientes cuando la ves?

—Ésta es fácil. Confusión, dudas y miedo. No sé quién es pero siento que la conozco, y eso me pone nervioso.

—Eso es.

—Y no entiendo las cosas que dice. Eso me pone aún más nervioso.

—Claro.

Vuelve a inclinarse hacia mí, apoyándose en el reposabrazos. Me mira.

—¿Qué sabes de la odisea de Nuria para encontrarte?

—Solo lo que me ha contado ella —reconozco—. Después de mi desaparición, fue a hablar con nuestro médico de cabecera, que la pone en contacto con el doctor Miguel Ángel.

—Y es él quien le abre a Nuria la opción de que te encuentres en estado disociado, ¿no? —Asiento—. Y entonces te busca, sin confrontarte directamente, por riesgo a que irrumpir en tu realidad paralela te afecte de forma negativa.

—Eso dice.

—Bueno, de momento vamos a decidir creerla —dice riendo.

—¿A dónde quieres llegar? No creo que ahondar de nuevo en esto sea tan beneficioso como crees.

—Solo quiero situar cronológicamente los sucesos. —Levanta las manos, inofensivo.

Mi expresión seria no detiene a Fran, que vuelve a escribir en la maldita hoja. Me están empezando a irritar tantas preguntas.

—¿María qué sabe de esto?

—Nada, según me ha dicho Nuria. No me conoce de nada, ni yo a ella.

—¿Y es así?

—Ya sabes que sí, que me encontré la foto en mi apartamento.

Ha levantado una ceja. ¿Qué he dicho?

Fran se da cuenta de que me he fijado en su reacción, así que vuelve a centrarse en escribir, aunque sé que esta vez es solo para ganar tiempo.

—Ahora me vas a preguntar por el accidente. —Levanta la cabeza y me mira distraído.

—Ah, sí. Eso es. Después ocurre lo del accidente con la moto y te llevan al hospital. —Otra pausa, en la que vuelve a mirarme a los ojos, buscando el más ínfimo detalle en ellos—. Pero me interesa más saber qué recuerdas de lo que te dijeron en el hospital.

—¿Te refieres a lo del trastorno?

—Me refiero a todo, Nono.

Ignorando de nuevo el maldito mote, me froto la cara para aclarar mis ideas. Tardo en contestar, mientras Fran me mira con el semblante serio. En estos dos meses no lo había visto tan serio como ahora. Me cuesta descifrar sus intenciones.

—Cuando me estoy recuperando del atropello, Nuria me cuenta todo lo que ha ocurrido mientras yo me encontraba... Bueno, en estado disociado, sí. Entonces es cuando el doctor Miguel Ángel me explica el trastorno que cree que sufro.

—¿Qué trastorno es ese? —pregunta tras otra pausa.

—Trastorno de identidad disociativo.

No voy a mostrarme temeroso de hablar sobre esto; si es lo que quiere, tendrá que currárselo más.

—Muy bien —me felicita—. Y el doctor, ¿qué te contó sobre este trastorno?

—La persona se disocia, creando otra realidad y otra personalidad paralelas a la suya para huir de un trauma o de un estado de apatía crónico.

—Joder, te lo has aprendido de memoria.

Aunque no lo exteriorizo, esa respuesta me pilla desprevenido. Fran no suele hablar así; no sé a qué está jugando, pero no me gusta.

—Me lo han repetido bastantes veces, ¿sabes? Como para no hacerlo.

Después de volver a hacer unas anotaciones, deja el boli en la mesa con cuidado. No obstante sigue inclinado, cerca de mí. La mesa no es tan ancha; da la sensación de cercanía, como si nos encontrásemos cara a cara.

—Entonces, dime. ¿Cuál es tu trauma?

—El suicidio de mi padre —resuelvo, seco y directo.

—Y cuándo muere tu padre.

—Dos días antes de desaparecer. La noche anterior volvimos tarde del entierro, Nuria y yo.

—Tu padre padecía depresión.

—Desde hacía años.

Fran entorna los párpados mientras me observa. Busca cualquier indicio de debilidad, lo sé. Me pregunto qué busca exactamente. En respuesta, mantengo una expresión de completa inmutabilidad.

—Cuando comienzas a cuidarlo tras el fallecimiento de tu madre, tu vida y tu salud mental se resienten.

—Así es.

—Es una tarea difícil —continúa—. Horas y horas muertas cuidando a la persona que no supo, o no quiso cuidarte a ti. Debe de haber sido duro. Además, ya no te reconoce. No se acuerda de todos los sacrificios que has tenido que hacer por él, tan solo te mira cada vez que lo visitas con la esperanza de que algo cambie en él. —No le doy la satisfacción de mostrarme triste o afectado por su elucubración—. Mientras, sufres una vida aburrida, sin emoción. Lo único que puedes sentir es apatía, dolor y rabia.

—No sé qué quieres demostrar, pero te estás pasando.

—Cuando una persona tiene una carga emocional tan grande y su vida personal se resiente a un nivel tan profundo, comienza a realizar conductas, en su gran mayoría auto-lesivas, para buscar una salida a su inestabilidad. Abuso de sustancias, adulterio, retraimiento social, obsesión con diversos temas o ideologías, cosas así.

Mientras habla, debe notar que mi expresión se endurece. No se detiene.

—El detective de tus historias investiga casos de secretos oscuros y mentiras escondidas, ¿no es así? —No respondo—. Historias contemplativas, misteriosas, de terror. Y el gran detective Iván de la Cruz siempre lo resuelve en el último momento. Es un héroe; sus casos quedarán para la posteridad.

Otra pausa parece detener el tiempo. Sus ojos investigan los míos.

—¿Recuerdas darte de baja en tu trabajo, Nono? —Aprieto los dientes—. ¿Recuerdas abstraerte de tu familia, de tu vida, escondiéndote en mundos más interesantes donde puedes decidir quién eres? Iván de la Cruz no tiene la obligación de cuidar de nadie, gastando toda su energía poco a poco para acabar consumiéndose. —Suspira—. Dime, Nono. ¿Terminaste alguna de tus historias?

Me presiona con la mirada para que conteste. Extrañamente, siento el deber de no dejarle tener la última palabra.

—No.

—No, nunca terminaste ninguna.

Se quita las gafas con gesto pesaroso, casi ceremonial. Yo me encuentro tenso, en una situación de completa indefensión. En realidad, no quiero aceptar lo que está ocurriendo. El muy cabrón me tiene atrapado.

—Dime, ¿mantienes tu diálogo interno en forma de narrativa? Sí, ya sabes —continúa, al ver que yo no reacciono—, aquello que hablamos un día de que organizas tus experiencias, acciones y relaciones sociales como una narración escrita en tercera persona.

—¡Bueno, ya está bien!

Estoy harto de su monólogo condescendiente, se cree que sabe mucho. Mi respuesta lo deja sorprendido, pero no está enfadado. Se ha quedado mirándome, diría que incluso sonríe.

—Es un síntoma claro de cómo te encierras en las historias de Iván para...

—¡No lo repitas más! —grito, harto de seguir aguantando esta humillación. Pero su expresión es divertida. ¿Esperaba que respondiera así?

—¿Cómo?

—Que no repitas más su nombre. Y no me llames Nono, joder.

Se acabó. Ya no consiento su cinismo. Hemos terminado.

Hago el ademán de levantarme, pero Fran comienza a reírse. Me quedo inmóvil, sin saber qué decir.

—Bravo, has aguantado mucho. He tenido que atacarte con todo lo que se me ha ocurrido para que reacciones, no ha sido fácil. Te prometo que casi me desmorono. —Ríe otra vez.

—Oye, no me toques los cojones, no vengo aquí desde hace dos meses para que te rías en mi cara, ¿entiendes?

—Entiendo, entiendo... Nadie podría reírse de un detective.

Coge los papeles en los que ha estado escribiendo durante toda la sesión y los rompe delante de mí. Se levanta a tirarlos a la basura. Joder, la he cagado.

—Oye, Fran, me he cabreado, lo siento. —Intento enmendar mi error. Me muevo incómodo en el asiento una vez más—. Te has puesto muy agresivo y me has atacado con el tema de mi padre. ¿Cómo coño esperas que reaccione?

—Tengo que reconocer que tienes muy buena memoria. Lo tienes todo muy bien aprendido. —Se da la vuelta junto a la papelera, con los brazos en jarra—. En serio. Has repetido frases y conceptos complicados y dado las respuestas oportunas... Sabías exactamente qué quería escuchar de ti.

Eres bueno, aunque no lo suficiente.

Se acerca al escritorio y se apoya en él, inclinándose hacia mí. Su expresión es decidida, triunfal.

—Desde hace un par de semanas, Nuria me ha estado llamando, comentándome preocupada tus cambios de humor. Quería ser sincero contigo, creo que es justo que lo sepas. Te notaba más serio y distante. —Hace otra pausa para molestarme—. Yo también lo noté en las sesiones. Aunque, claro está, tu papel aquí lo desempeñaste mucho mejor.

Soy buen perdedor. Tengo que admitir que ha sabido jugar conmigo; he caído en todas y cada una de sus trampas. Lo tenía bien preparado.

—Hay una cosa que necesito saber. —Asiento.

—Dispara.

—¿Qué es lo que quieres ahora, Iván?

*

Apenas se sostuvieron la mirada durante unos segundos, pero aquel momento se hizo eterno para ambos. El psicólogo había sabido jugar bien sus cartas; el juego había acabado hacía tiempo y, aun así, lo había tenido engañado durante toda la sesión. Finalmente, las cartas estaban sobre la mesa. No más trucos, pensó.

Iván de la Cruz mantuvo la postura. Sus ojos brillaban con intensidad, como hacía meses. Ahora, Iván de la Cruz comprendía cuál debía ser su siguiente paso. Se inclinó hacia Fran, apoyándose en el reposabrazos del butacón.

—¿Dónde está mi libreta? —preguntó.

▪